

IV

TOLEDO

Toledo es la calle de todo el mundo. Es la calle de los *restaurants*, de los cafés, de los comercios; es la arteria que alimenta y atraviesa todos los barrios de la ciudad; es el río donde van á desaguar todos los torrentes de la multitud. La aristocracia pasea por ella en carruage, la clase media vende allí sus telas, el pueblo sesteá en su espacio. Para el noble es un paseo, para el comerciante un bazar, para el *lazzaroni* un domicilio.

Toledo es también el primer paso dado por Nápoles hácia la civilización moderna, tal como la entienden nuestros progresistas: es el lugar que reúne la antigua ciudad poética y la ciudad moderna industrial. En un terreno neutro donde se pueden seguir con curiosa mirada los

restos del antiguo mundo que se va y las invasiones del nuevo que llega. Al lado de la clásica hostería con sus cortinas viejas manchadas por las moscas, un galante pastelero francés ostenta su muger, sus tortas y sus *savaraces*.

Frente de un respetable fabricante de antigüedades para uso de los señores ingleses, se muestra orgulloso un comerciante de fósforos. Encima de una administración de loterías se ve un brillante salón de peluquería; en fin, como último rasgo característico de la fusión que se verifica, la calle de Toledo está enlosada de lava como Herculano y Pompeya, iluminada de gas como Londres y París.

Todo es digno de verse en la calle de Toledo; pero como es imposible describir todo, preciso es limitarse á tres palacios que son los que más resaltan y lo más notable de ella: el palacio del rey en un extremo, el de la ciudad en otro, y en medio el palacio de Barbaja.

En cuanto al palacio del rey de Nápoles, ocasión se presentará de ocuparnos de él. Pasemos al de la ciudad. La ciudad se compone primero de una carroza de doce asientos pintada y dorada al estilo más lindo español del siglo XVII; segundo, de doce magistrados elegidos por mitad entre los nobles y entré los ciudadanos napolitanos que llevan altivamente la capa y la espada, calzados con zapatos bajos de hebillas y peinados con enormes pelucas á lo Luis XIV; tercero, de seis caballos enjaezados con penachos y caparazones de lo más magnífico. Ahora bien, las funciones respectivas de todo el personal de la ciudad son las siguientes: la carroza tiene que salir dos veces por año de su cochera, los doce magistrados están encargados de sentarse en la carroza, y los seis caballos están obligados á arrastrar el conjunto de un extremo de la calle de Toledo al otro, lo más lentamente posible. Todos cumplen con completa exactitud sus deberes.

Resta, pues, explicar á mis lectores lo que es, ó ma

bien, lo que era Barbaja; porque ¡ay! en el momento en que escribo estas líneas este grande hombre ha desaparecido. Aquella inmensa gloria se ha desvanecido, su astro brillante se ha eclipsado.

Domenico Barbaja era el verdadero tipo del *Impresario* italiano. En Francia conocemos el director, el administrador, el comisario régio, el tesorero, los censores, mas no conocemos el *impresario*. El *impresario* es todo eso á la vez, pero todavía es mas. Nuestros teatros son regidos constitucionalmente, nuestros directores reinan y no gobiernan, siguiendo la célebre máxima parlamentaria. El *impresario* italiano es un déspota, un czar, un sultan, que reina por el derecho divino en su teatro, no teniendo, como los reyes mas legítimos, otras reglas que su propia voluntad, ni debe dar cuenta de su administracion mas que á Dios y á su conciencia.

Es á la vez para los artistas un hábil explotador y un padre indulgente, un señor absoluto y un amigo fiel, un guía esclarecido y un juez incorruptible.

Es un hombre que hace la trata de blancos por su cuenta, y que dispone de ellos á su voluntad sin reconocer á nadie en el mundo el derecho de visita en las tablas, que cubre la mercancía con su pabellon, que defiende los derechos de este pabellon con una intrepidez enteramente americana. Por lo demas, el *impresario* no tiene solo el derecho á su favor, cuenta tambien con la fuerza. Tiene á sus órdenes un piquete de caballería y un peloton de infantería, un comisario de policía y un capitan de villa, esbirros, carabineros y gendarmes para llevar inmediatamente á la cárcel á los cantantes de quienes se puede sospechar tienen maulerías, ó al pueblo que se atreviera á silbar sin razon.

Domenico Barbaja I ha reinado, pues, de esa manera tan completa y tan absoluta durante el espacio de cuarenta años. Era un hombre de estatura mediana, fornido, ancho

de pecho, de cuadradas espaldas y con puño de hierro. Su cabeza era bastante comun, y sus facciones no eran notables por su gran regularidad; pero sus ojos chispeantes indicaban imaginacion, inteligencia y malicia.

Goldoni le adivinó al escribir el *Bondadoso-regañon*. Excelente corazon, pero sus maneras las mas bruscas, su carácter el mas violento y arrebatado del mundo. Imposible es traducir en lengua ninguna el diccionario de injurias, de groseros epítetos que empleaba con los artistas de su teatro. Pero no ha habido uno que le guardase rencor, tan seguros estaban de que al menor triunfo Barbaja estaria alli para abrazarlos con efusion, á la menor derrota para consolarlos con delicadeza, á la menor enfermedad para velar á su lado noche y dia con una ternura y una abnegacion paternales.

Saliendo de un café de Milan, donde servia en cualidad de mozo, habia llegado á dirigir al mismo tiempo los teatros de San Carlos, de la Scala y de Viena, y á reinar sin rival y sin opocision sobre el público italiano y el aleman, es decir, sobre dos públicos de los que el uno pasa por ser el mas caprichoso y el otro por ser el mas difícil del universo. Despues de haber reunido cuarto por cuarto su fortuna, Barbaja la gastaba noblemente en prodigalidades régias y en generosos beneficios. Tenia un palacio para alojar á los artistas, una villa para obsequiar á sus amigos, dos juegos públicos para divertir á todo el mundo. Genio verdaderamente extraordinario é instintivo, sin haber sabido jamás escribir una letra ni descifrar una nota, trazaba con un perfecto buen sentido á los poetas el plan de sus libretti y á los compositores lo mas esecogido de sus fragmentos; dotado por el Criador de la voz mas áspera y discordante, formaba con sus consejos los primeros cantantes de Italia; no hablando mas que en su dialecto milanés, se hacia comprender perfectamente de los reyes y emperadores, con quienes trataba de poder á poder.

Así que arreglaba sus contratos bajo palabra y sin aceptar jamás la menor condicion. Era preciso entregarse á discrecion á Barbaja. Tenia siempre en su mano con que recompensar ámpliamente y con que castigar con extraordinaria severidad. ¿Se mostraba una ciudad tolerante respecto al aparato escénico? ¿animaba un público á los debutantes con esa benevolencia que triplica las facultades del artista? ¿no escatimaba mucho un gobierno acerca de la subvencion? Ciudad, público, gobierno, tenían al punto las simpatías del impresario, y les enviaba á Rubini, la Pasta, Lablache, lo selecto de su compañía. Pero si otra ciudad por el contrario, se mostraba demasiado exigente, si otro público abusaba de su derecho de silbar comprado á la entrada, si otro gobierno hacia gala de escesivas pretensiones, Barbaja les dejaba el desecho de sus cantantes, sus *perros*, como los llamaba usando de una enérgica espresion, hacia les rompiesen estos los oídos durante una temporada completa, y oia las quejas y los silbidos de los pacientes con la misma sangre fria que un emperador romano asistiendo al circo.

Era de ver al honorable impresario sentado en su lindo palco de proscenio, frente al del rey, y en una noche de primera representacion, grave, impasible, ya volviéndose hácia los actores, ya hácia el público. Si el artista tenia un descuido, Barbaja era el primero á sacrificarle con una severidad digna de Bruto, lanzándole un « ¡*Can de Dio!* » que hacia temblar el teatro. Si por el contrario, era el público quien no tenia razon, Barbaja se enderezaba como una víbora, y le lanzaba á toda voz un « *Fioli d'una bacca*, ¿quereis callaros? no merecis mas que la canalla. » Si era el rey por acaso quien dejaba de aplaudir á tiempo, Barbaja se contentaba con encogerse de hombros y salia de su palco refunfuñando.

Barbaja no fiaba á nadie el cuidado de formar su compañía; tenia por principio comprometer lo menos posible

á los artistas conocidos, porque una reputacion llegada á su apogeo no podia hacer ya mas que descender, y con celebridades habia mas que perder que ganar. Mejor queria crearlos él mismo, y comenzaba de ordinario sus experimentos *in anima vili*.

He aquí su modo de proceder :

Salia una hermosa mañana de Mayo ó de Setiembre, y se hacia conducir por su cochero á las inmediaciones de Nápoles. Llegado á la campiña, se apeaba de su tilburi, despedia á sus criados y se encaminaba solo y á pie en busca del *do* de pecho. Si encontraba un campesino bastante agraciado, bien formado, y bastante perezoso para hacer de él un tenor, se aproximaba á él amistosamente, le ponía la mano en la espalda, y empeñaba la conversacion en estos términos, sobre poco mas ó menos :

— ¡Y bien! amigo mio, el trabajo nos fatiga un poco, ¿no es verdad?

— No tenemos fuerza para levantar el azadon?

— Descansaba, escelencia.

— ¡Sabido, sabido! el campesino napolitano descansa á menudo.

— Es que hace un calor sofocante. ¡Y luego está tan dura la tierra!...

— Apostaria á que debes tener una voz hermosa; nada conozco que distraiga y dé fuerzas como un poco de música; ¿si me cantases una cancion?

— ¡Yo, señor! no he cantado en mi vida.

— Razon mas; tendrás la voz mas fresca.

— ¡Quereis chancearos!

— No, quiero oírte.

— ¿Y qué ganaré haciéndome oír de vos?

— Puede que si tu voz me agrada no trabajes mas, te llevaré conmigo.

— ¿Para criado?

— Mejor que eso.

- ¿Para cocinero?
 — Mejor te digo.
 — ¿Y para qué, pues? preguntaba entonces el campesino con alguna desconfianza.
 — ¿Y qué te importa? tú canta.
 — ¿Muy fuerte?
 — Con todos tus pulmones, y sobre todo, abre bien la boca.

Si el desgraciado no tenía mas que una voz de barítono ó de bajo, el impresario le volvía con presteza la espalda dejándole alguna máxima consoladora acerca del amor al trabajo y la felicidad de la vida campestre: pero si era bastante feliz aquel día para coger bajo su mano á un tenor, le llevaba consigo, y le hacia montar... á la trasera.

No mimaba á los artistas.

Si se trataba de contratar á uno:

— ¿Qué es lo que necesitas, muchacho? le preguntaba Barbaja con su voz brusca y su tono desabrido; al mes, ¿tendrás bastante con cincuenta francos para empezar, zapatos para calzarte, un vestido para cubrirte, macarromi para regalarte, qué mas quieres? Sé primero un gran artista, y luego tú me darás la ley como yo te la doy al presente. ¡Ay! ese tiempo llegará demasiado pronto; tienes una voz hermosa, y la prueba es que te he contratado; tienes inteligencia y la prueba es, que quisieras robarme. Espera, pues, querido amigo, sé bien lo alcanzarás cantando. Si te diese mucho dinero desde luego te harías buen mozo, te achisparías todos los días y perderías tu voz al cabo de tres semanas.

Con las mugeres era mas corto y sencillo de razonamiento:

— Querida niña, no te daré un cuarto; por el contrario, tú eres quien debe pagarme. Te ofrezco los medios de mostrar al público todos los atractivos naturales que posees. Eres linda; si tienes talento, prosperarás muy pronto;

si no le tienes tambien prosperarás y aun mas pronto todavía. Créeme, tú me darás gracias mas tarde cuando hayas adquirido algo mas de esperiencia. Si en tus primeras salidas fueras ya rica, te casarías con un corista que te vapulearía, ó con un príncipe que te dejaría reducida á la miseria.

Convencidos por una lógica tan insinuante, los artistas se comprometían por cincuenta francos al mes; pero sucedía muy frecuentemente que pasado el primer trimestre debían seis mil francos á un usurero. Entonces Barbaja, para que no fueran á la cárcel, pagaba sus deudas, y la cuenta estaba saldada.

Durante mi permanencia en Nápoles, se referían muchas anécdotas acerca del gran impresario, que pintan al hombre por completo y dan una exacta medida de sus conocimientos músicos.

No recuerdo ya qué marqués napolitano cuya influencia era grande en la córte, le habia recomendado una jóven por suponerla con la vocacion mas decidida por el teatro, y que anunciaba un gran porvenir; Barbaja hizo una mueca significativa y metió las manos en los bolsillos de su gaban de nankin, actitud que tomaba habitualmente cuando no podia dar libre curso á su cólera.

— Ya vereis, querido, replicó el marqués con un aire de suficiencia que exaltaba cada vez mas la bilis del terrible impresario, ¡es un verdadero prodigio!

— ¡Bien, bien! que venga mañana al medio día.

Al día siguiente á la hora convenida, se pone la debutante su mas lindo trage, toma sus cuadernos y acompañada por la mamá que todos conoceis, se presenta en el palacio de Barbaja.

El director de la orquesta estaba ya al piano, Barbaja se paseaba á lo largo y á lo ancho de su salon.

— Signor impresario, dijo la vieja despues de hacer una profunda reverencia, es deber de una madre, deber reli-

gioso y sagrado advertiros que esta pobre niña, siendo, como es tan pura como el cristal, y tímida como una paloma...

— Comenzamos mal, interrumpió bruscamente Barbaja, para el teatro es preciso ser descarada.

— No es eso lo que yo quiero decir, replica la madre sacando el tono de voz mas meloso...

Pero el impresario, volviéndole la espalda, se aproximó á la jóven y la dijo con un tono bastante impacientado:

— Veamos, querida, ¿qué quieres cantarme?

Hubiera tuteado á la reina en persona.

— Señor, baluceó la debutante, cuyo rostro se habia enrojecido hasta lo blanco de los ojos, tengo la plegaria de la *Norma*...

— ¡Cómo, desgraciada! exclamó Barbaja con voz de trueno; despues de la Ronzi, ¿te atreverias tú con la plegaria de *Norma*? ¡Qué audacia!

— Cantaré, si lo preferis, la cavatina del *Barbero*.

— ¡La cavatina del *Barbero*! despues de la Fodor, ¡qué indignidad!

— Perdonad, señor, dijo la jóven temblando; ensayaria la romanza del *Saul*.

— ¡La romanza del *Saul*! despues de la Malibrán, ¡qué profanacion!

— Entonces no me quedan mas que lecciones de solfeo, replicó la pobre debutante casi sollozando.

— ¡Enhorabuena! ¡Vaya por los solfeos!

La jóven enjuga sus lágrimas, la madre la dice al oido una palabra de consuelo, el acompañante la anima; en un instante, ejecuta maravillosamente. Jamás se habia cantado mejor solfeo alguno.

La fisonomía de Barbaja se despejó, se desarrugó su frente, y una sonrisa de satisfaccion vagó por sus labios.

— ¡Y bien! señor, exclamó la madre con la mas grande ansiedad, ¿qué pensais de mi hija?

— ¡Eh! señora, la voz no es mala, pero al diablo si he podido entenderla una sola palabra.

En otra ocasion (era lo mas riguroso del invierno) se ensayaba una opera nueva, y los cantantes encargados de los principales papeles, fastidiados por tenerse que quitar el gaban, se retrasaban siempre. Barbaja, furioso habia jurado la vispera sacar una multa al primero que no se encontrase á la hora, aunque fuese el mismo tenor ó la prima donna, para hacer un escarmiento.

Comienza el ensayo, Barbaja se separa un poco hácia un bastidor para regañar al maquinista, de repente se callan las voces, se detiene la orquesta, esperan á alguien.

— ¿Qué hay? esclama el impresario, precipitándose al antepecho.

— Nada, señor, responde el primer violin.

— ¿Quién falta? Quiero saberlo.

— Falta un *re*.

— La multa.

Todo eso no impide que Domenico Barbaja haya creado á Lablache, Tamburini, Rubini, Donzelli, la Colbrón, la Pasta, la Fodor, Donizetti, Bellini, y el mismo Rossini; sí, el gran Rossini.

Las mas grandes obras maestras de ese genio soberano han sido compuestas para Barbaja, y solo Dios puede saber cuantas súplicas, violencias y astucias le ha costado al pobre impresario para impeler al trabajo, al talento mas libre, mas abandonado y mas feliz que se vió jamás bajo el hermoso cielo de Italia.

Citaré un ejemplo que caracteriza perfectamente al impresario y al compositor.

V

OTELLO

Acababa Rossini de llegar á Nápoles, precedido ya de una gran reputacion. La primera persona que vió al apearse del carruage fué, como se habrá adivinado, al impresario de San Carlos. Barbaja se colocó delante del maestro con los brazos abiertos como su corazón, y sin darle tiempo para andar un paso ni pronunciar una palabra.

— Vengo, le dijo, á hacerte tres proposiciones, y espero que no rehusarás ninguna de las tres.

— Ya escucho, respondió Rossini, con aquella sonrisa maliciosa que todos le conocian.

— Te ofrezco mi fonda para tí y tus gentes.

— Acepto.

— Te ofrezco mi mesa para tí y tus amigos.

— Acepto.

— Te propongo escribir una ópera nueva para mí y para mi teatro.

— No acepto.

— ¡Cómo! ¿rehusas trabajar para mí?

— Ni para vos ni para nadie. No quiero componer.

— Eres loco, querido.

— Es como tengo el honor de decirlo.

— ¿Y qué vienes á hacer en Nápoles?

— Vengo á comer macarroni y tomar helados. Es mi pasión.

— Yo haré te prepare helados mi repostero, que es el primero de Toledo, y yo mismo te haré macarroni y encontrarás una novedad.

— ¡Diablo! eso ya va siendo grave.

— Pero en cambio me darás una ópera.

— Veremos.

— Toma un mes, dos meses, seis meses, todo el tiempo que desees.

— Vaya por seis meses.

— Convenido.

— Vamos á cenar.

Desde aquella misma noche el palacio de Barbaja quedó á disposicion de Rossini; el propietario se eclipsó completamente, y el célebre maestro pudo considerarse como en su casa, en la mas estricta acepcion de la palabra. Todos los amigos ó simplemente los conocidos que encontraba en paseo, eran invitados con franqueza á la mesa de Barbaja, de la que hacia Rossini los honores con una confianza completa. Algunas veces se lamentaba este último de no haber encontrado bastantes amigos para convidarlos á los banquetes de su huésped; apenas habia podido reunir á pesar de todas las precauciones del mundo, doce ó quince. Aquellos días eran malos.

Barbaja, fiel al papel de cocinero que se habia impuesto, inventaba todos los dias nuevos platos, desocupaba las botellas mas añejas de su bodega, y obsequiaba á todos los desconocidos que le agradaba á Rossini llevarle como si hubiesen sido los mejores amigos de su padre. Unicamente hacía el fin de la comida, con aire desenvuelto, con una gran destreza y la sonrisa en los labios, deslizaba entre la pera y el queso algunas palabras sobre la ópera que habia hecho le prometiera y sobre el triunfo brillante que no podia dejar de tener.

Pero por mas precauciones oratorias que emplease el honrado impresario para recordar á su huésped la deuda que habia contraído, aquellas pocas palabras, pronunciadas al descuido, producian sobre el maestro el mismo efecto que las tres palabras terribles del festin de Baltasar. Por esto fué por lo que Barbaja, cuya presencia habia sido tolerada hasta entonces, se vió suplicado politicamente por Rossini de que no volviese á aparecer mas á los postres.

Sin embargo, pasaban los meses; el libreto hacia mucho tiempo estaba concluido, y nada anunciaba todavia que el compositor se hubiese decidido á dedicarse á la obra. A las comidas sucedian los paseos, á los paseos las partidas de campo. La caza, la pesca, la equitacion, se repartian los ocios del noble señor; pero para nada se trataba de la nota mas insignificante. Barbaja experimentaba veinte veces al dia accesos de furor, crispaciones nerviosas, deseos irresistibles de dar un trueno. Conteniase no obstante, porque nadie tenia mas fé que él en el incomparable genio de Rossini.

Barbaja guardó silencio durante cinco meses con la resignacion mas ejemplar. Pero la mañana del primer dia del sexto mes, viendo que no habia ya tiempo que perder ni miramiento que guardar, llevó al maestro aparte y entabló la siguiente conversacion :

— ¡Hola, querido! ¿sabes que no faltan mas que veinte y nueve dias para la época fijada?

— ¿Qué época? dijo Rossini con la admiracion de un hombre á quien se dirigiera una pregunta incomprensible tomándole por otro.

— El 30 de mayo.

— ¡El 30 de mayo!

La misma pantomima.

— ¿No me has prometido una ópera nueva que se debe representar en este dia?

— ¡Ah! ¿lo he prometido?

— ¡No se trata ahora de fingirse el admirado! exclamó el impresario, cuya paciencia se agotaba; he esperado el plazo de rigor contando con tu genio y la estremada facilidad para trabajar que Dios te ha concedido. Ahora ya me es imposible esperar mas : necesito mi ópera.

— ¿No podria arreglarse alguna ópera antigua cambiando el título?

— ¿Y piensas en eso? ¿y los artistas que están contratados para cantar una ópera nueva?

— Los echarán una multa.

— ¿Y el público?

— Cerrareis el teatro.

— ¿Y el rey?

— Dareis vuestra dimision.

— Todo eso es verdad hasta cierto punto. Pero si ni los artistas, ni el público, ni el mismo rey pueden obligarme á cumplir mi promesa, he dado mi palabra, caballero, y Domenico Barbaja jamás ha faltado á su palabra de honor.

— Entonces es diferente.

— ¿De modo que me prometes empezar mañana?

— Mañana es imposible; tengo una partida de pesca en Fusaro.

— Está bien, dijo Barbaja metiéndose las manos en los

bolsillos, no hablemos mas de ello. Veré el partido que me resta que tomar.

Y se alejó sin añadir una palabra.

Por la noche cenó Rossini con buen apetito é hizo honor á la mesa del impresario como hombre que habia olvidado completamente la discusion de por la mañana. Al retirarse recomendó mucho á su criado le despertase al amanecer y le tuviese dispuesta una lancha para ir á Fusaro. Despues de lo que se durmió con el sueño del justo.

Al dia siguiente daban las doce en las quinientas campanas que posee la venturosa ciudad de Nápoles, y el criado de Rossini todavia no habia subido á la habitacion de su señor, el sol lanzaba sus rayos á través de las persianas. Rossini despertó sobresaltado, se incorporó, se estregó los ojos y llamó : el cordon de la campanilla se le quedó en la mano.

Llamó por la ventana que daba al patio : el palacio permaneció mudo como un serrallo.

Movió la puerta de su habitacion : la puerta resistió á su sacudida : estaba tapiada por fuera. Entonces Rossini, volviendo á la ventana se puso á pedir socorro gritando ¡ traicion y alevosia ! No tuvo ni aun el consuelo de que el eco respondiese á su llamamiento, porque el palacio de Barbaja era el edificio mas sordo que existia en el globo.

No le quedaba mas que un recurso, el de saltar desde el cuarto piso; pero, preciso es decirlo en alabanza de Rossini, aquella idea no se le ocurrió ni por un momento.

Al cabo de una hora larga, Barbaja asomó su gorro de algoñon por una ventana del tercer piso : Rossini, que no habia abandonado la suya, tuvo intencion de arrojarle una teja : se contentó con llenarle de imprecaciones.

— ¿ Quereis alguna cosa ? le preguntó el impresario con un tono meliflúo.

— Quiero salir al instante.

— Saldreis cuando vuestra ópera esté concluida.

— Pero este es un secuestro arbitrario.

— Arbitrario ó como querais ; pero necesito mi ópera.

— Me quejaré á todos los artistas y nos veremos.

— Los sacaré una multa.

— Informaré de ello al público.

— Cerraré el teatro.

— Me presentaré aun al rey.

— Daré mi dimision.

Rossini vió que estaba cogido en sus propias redes. Asi, como hombre superior, cambiando de tono y de maneras, preguntó con una voz tranquila.

— Aceptó la chanza y no me incomodo por ella ; mas ¿ puedo saber cuándo se me volverá la libertad ?

— Cuando se me entregue la última escena de la ópera, respondió Barbaja quitándose su gorro.

— Está bien : envid esta noche á buscar la *Overtura*.

Por la noche se remitió puntualmente á Barbaja un cuaderno de música en cuya cubierta estaba escrito en grandes letras : *Overtura d'Otello*. El salon de Barbaja estaba lleno de celebridades musicales en el momento en que recibió la primera remesa de su prisionero. Pusieron inmediatamente al piano, repasaron aquella obra maestra, y quedó decidido que Rossini no era un hombre, que semejante á Dios creaba sin trabajo y sin esfuerzo por el solo acto de su voluntad. Barbaja, á quien la dicha volvía casi loco, arrancó el fragmento de manos de los admiradores y le envió á los copiantes. Al dia siguiente recibió un nuevo cuaderno en cuya cubierta se leía : *Primer acto d'Otello* ; este nuevo cuaderno se envió igualmente á los copiantes, que cumplieron su deber con esa obediencia muda y pasiva á que Barbaja les habia acostumbrado. Al cabo de tres dias la *partitura d'Otello* habia sido entregada y copiada.

El impresario no cabia en si de gozo, se arrojaba al cuello de Rossini, le daba las disculpas mas tiernas y sin-

ceras por la estratagema que se había visto obligado á emplear, y le suplicaba terminase su obra asistiendo á los ensayos.

— Pasaré yo mismo á casa de los artistas, respondió Rossini con un tono resuelto, y les haré ensayar su papel. En cuanto á los señores de la orquesta, tendré el honor de recibirlos en mi casa.

— Y bien, querido, puedes entenderte con ellos; mi presencia no es necesaria, y yo admiraré tu obra maestra en el ensayo general. Vuelvo otra vez á suplicarte me perdones el modo como te he tratado.

— Ni una palabra mas sobre eso, ó me enfado.

— Así que ¿hasta el ensayo general?

— Hasta el ensayo general.

El día del ensayo general llegó por fin: era la víspera de aquel famoso 30 de mayo que había costado tantas angustias á Barbaja. Los cantantes estaban en su sitio, los músicos ocuparon su lugar en la orquesta, y Rossini se sentó al piano.

Algunas damas llegaron y algunos hombres privilegiados ocupaban los palcos de proscenio. Barbaja, satisfecho y triunfante, se estregaba las manos y se pascaba silbando por su teatro.

Tócose primero la *overtura*.

Aplausos frenéticos resonaron en las bóvedas de San Carlos. Rossini se levantó y saludó.

— ¡Bravo! grito Barbaja. Pasemos á la *cavatina* del tenor.

Rossini se volvió á sentar á su piano, todo el mundo guardó silencio; el primer violin levantó el arco y se volvió á empezar á tocar la *overtura*. Los mismos aplausos mas entusiastas todavía, si posible era, estallaron al final de ella.

Rossini se levantó y saludó.

— ¡Bravo, bravo! repitió Barbaja. Pasemos ahora á la *cavatina*.

La orquesta se puso á tocar por tercera vez la *overtura*.

— ¡Caramba! exclamó Barbaja exasperado, todo eso es magnífico, pero no tenemos tiempo de quedarnos abí hasta mañana. Empezad la *cavatina*.

Pero á pesar de la orden del impresario, la orquesta continuaba su *overtura*. Barbaja se lanzó sobre el primer violin, y cogiéndole por el cuello, le gritó al oído:

— ¿Pero por qué diablos estais tocando lo mismo hace una hora?

— ¡Toma! dijo el violin con una flema que hubiera hecho honor á un alemán; tocamos lo que se nos ha dado.

— Pero volved la hoja, ¡imbécil!

— Escusado es volverla; no hay mas que la *overtura*.

— ¡Cómo! ¿no hay mas que la *overtura*? exclamó el impresario palideciendo; ¡es, pues, una burla atroz!

Rossini se levantó y saludó.

Pero Barbaja había caído en un sillón sin movimiento: la prima-donna, el tenor, todo el mundo se apresuró á acudir á su alrededor. Por un momento se le creyó acometido de una apoplegia fulminante.

Rossini, sintiendo que la chanza tomase un giro tan grave, se aproximó á él con una inquietud real.

Mas al verle Barbaja, saltando como un león, se puso á gritar desafortadamente:

— ¡Vete de aquí, traidor, ó soy capaz de hacer un esceso!

— Vamos, vamos, dijo Rossini sonriendo, no hay ningún remedio?

— ¡Qué remedio, verdugo! Mañana es el primer día de representacion.

— ¿Y si la prima-donna se encontrase indispueta? murmuró Rossini en voz baja al oído del impresario.

— ¡Imposible! le respondió este en el mismo tono; jamás querrá ella atraer sobre si la venganza de los limones del público.

— ¿Si quisiérais suplicarla algo?

— Seria inútil. No conoces á la Colbron.

— Os creia en mejores relaciones con ella.

— Razon de mas.

— ¿Quereis permitirme lo intento yo?

— Haz lo que quieras; pero te advierto que es tiempo perdido.

— ¡Quién sabe!

Al día siguiente se leia sobre el cartel de San Cárlos que la primera representacion del *Otello* se suspendia por indisposicion de la *prima donna*. Ocho dias despues se representaba el *Otello*.

Todo el mundo conoce hoy esta ópera y nada tenemos que añadir. Ocho dias habian bastado á Rossini para hacer olvidar la obra maestra de Shakespeare.

Despues de bajado el telon, Barbaja, llorando de emocion, buscaba por todas partes al maestro para estrecharle contra su corazon; pero Rossini, cediendo sin duda á esa modestia que tan bien sienta en los triunfadores, se habia ocultado á la ovacion de la muchedumbre.

Al día siguiente, Domenico Barbaja llamó á su apuntador, que ejercia cerca de él las funciones de ayuda de cámara, impaciente como estaba el digno *impresario* de presentar á su huésped las felicitaciones de la vispera.

El apuntador entró.

— Ve á suplicar á Rossini que baje á mi habitacion, le dijo Barbaja.

— Rossini ha marchado, respondió el apuntador.

— ¡Cómo! ¿marchado?

— Marchado á *Bologne* al rayar el dia.

— ¡Marchado y sin decir nada!

— Si tal, señor, os ha dejado su adios.

— Entonces, ve á suplicar á la Colbron me permita subir á su cuarto.

— ¿La Colbron?

— Sí, la Colbron; ¿estás sordo esta mañana?

— Dispensad, pero la Colbron ha marchado.

— ¡Imposible!

— Han partido en el mismo carruage.

— ¡Desventurada! Me abandona para ser la querida de Rossini.

¡Estoy vengado! dijo Barbaja.